

Los límites y las posibilidades

DE UN HABITANTE DEL REINO INTERMEDIO

JUAN CAMILO BRIGARD

El 26 de julio de 1934, cuando Europa comenzaba a desintegrarse, Ernesto Volkening se embarcó en su ciudad natal, Amberes, hacia Colombia en busca de su padre, a quien ese mismo día enterraban en el Cementerio Alemán de Bogotá.¹ En esa misma tumba descansaría —cincuenta y un años después— el crítico y traductor literario al lado de su papá.

Esta búsqueda de la paternidad —concepto que en sus diarios y su novela significa ausencia, vacío, falta— será la primera de varias, que marcan la rima de místico desprecio y dramática ironía que encabalga en su obra. La misma que, como personaje, lo hace interesante, ya que el trágico hallazgo de sus búsquedas define su condición como *habitante del reino intermedio* euroamericano en sus diarios: “no era ni un sumergirse en el nuevo medio [Colombia], ni un consciente y decidido volver la espalda al pasado [Europa], sino, precisamente lo que se define como el reino intermedio”. En otra entrada describe la experiencia como estar en un espacio que crecía “conmigo, dentro y fuera de mí, paulatinamente se me intercalaba entre el Viejo Mundo de donde vine y el llamado Nuevo Mundo a donde fui, y pertenece a ambos sin ser idéntico con ninguno de los dos”. Luego se refiere a ella con una metáfora más gráfica, la de una geografía psíquica, tejida por hilos de ensueño y telarañas que podrían constituir otro continente, si no fuera por su “condición anfílica en la que por partes iguales participan ambos hemisferios —y el mar, amigos, el mar!”.

Otra forma de llamar la misma experiencia fue por medio de su identificación con el dios romano Jano: el dios del tiempo, de los pasadizos, de la puerta que lleva al principio y al final, de quien enlaza el pasado y el futuro en el presente. En principio, antes de darle título a cada uno de los tomos de sus ensayos —*Destellos criollos* y *Atardecer europeo*— pensó en llamarlos “Los dos rostros de Jano”, pues Volkening tenía un rostro europeo que a la vez tenía otra cara latinoamericana, y si por un lado era capaz tanto de introducir, traducir y hacer comprensible la cultura europea en Colombia, por el otro podía tener la perspectiva crítica del extranjero que no pertenece a un contexto determinado y le presta atención a lo que la mayoría —por estar sumergida en la cotidianidad de sus costumbres— pasa por alto (como llamar profetas en su tierra a García Márquez y Gómez Dávila antes de serlo en otras partes, recordar a Osorio Lizarazo cuando estaba olvidado, o señalar el valor de la obra de Elisa Mújica).

Un fenómeno similar le sucedía para bien y para mal con su lengua materna, que de la misma manera se encontraba en un reino intermedio. Por ejemplo, el editor alemán Peter Schultze-Kraft, de la editorial Kiepenheuer & Witsch, al recibir la traducción de Volkening del primer capítulo de *Cien años de soledad*, prefirió confiársela a otro traductor, ya que encontró su alemán —después de más de treinta años de vivir en Colombia—, en palabras de Ricardo Rodríguez Morales, “anticuado, un tanto rancio y hasta estafalario”. El malestar no se sentía solo de ese lado: un crítico, Juan Guillermo Gómez, varios años después de su muerte, no con poca condescendencia, sino con enfática crueldad, calificó su español de “ostentosamente moroso, como cargado de una afectación de palabras y expresiones que habían caído en total desuso (y siguen siendo desusuales [sic], pese a ese rescate artificioso de voces como ‘entuerto’, ‘sierpre’, ‘de pura cepa’, ‘jaez’ u orteguianas como ‘archicaracterístico’”. Su amigo

Álvaro Mutis fue más generoso, como lo podemos ver en el paralelo que hizo entre su español y el inglés de Conrad: “[Conrad Volkening] se movió en un [inglés español] peculiar y terriblemente suyo [...] en una especie de doloroso y febril terreno neutral”. De sus particularidades lingüísticas, así como de su estilo, tenía la flexibilidad de burlarse de sí mismo, y, en sus mejores momentos, de distanciarse de sí y de sus propias mañas. Un buen ejemplo lo pone en boca del pez filósofo de su ensayo “Sobre la paja” (1972), quien se excusa irónicamente de uno de sus vicios favoritos: “perdonen ustedes el frecuente empleo del inglés, el francés y el latín [acá se le olvidó mencionar el alemán] atribuible a nuestro inveterado esnobismo de peces”.

Los caminos de Lodovico, su única novela, es otra muestra de la experiencia del reino intermedio. La historia narra en su mayor parte lo que su título refiere y el nombre del personaje principal —la latinización del nombre germano Ludwig, históricamente el “afamado en la guerra”— ironiza su etimología, ya que Lodovico, quien va a buscar lo que queda después de la Segunda Guerra Mundial de su “ciudad paterna” (habla de *Vaterstadt* en alemán) Amberes, después de 34 años, se encuentra por el contrario con la infame destrucción del puente histórico que era la ciudad con su memoria de la niñez. Lodovico vive suficiente tiempo lejos de su país para volverse extranjero en el mismo, pero a la vez no corta con sus raíces, para no sentirse enajenado en su nuevo hogar, Bogotá, a la que califica lucidamente de “urbe inconclusa, caótica, monstruosa, Babel del altiplano”. El regreso a su ciudad de infancia lo menciona en sus cuadernos como “aquel malogrado encuentro”, al que llama “fuente de tristeza sin fin” y “pozo del tiempo perdido e irrecuperable”. La correspondencia entre Lodovico y Volkening es clara; tanto su uso del lenguaje, como las fechas que se mencionan en el libro (todas a finales de junio de 1968), corresponden con el diario.

Los paseos de Lodovico son significativos por la manera en que se parecen y a la vez se distancian de la busca del tiempo perdido proustiano —si bien hay un par de pasajes en los que logra una evocación proustiana y Lodovico/Volkening se describe(n) a sí mismo(s) (en el CV que Mutis adjuntó a su mezquino prólogo de la novela) como “apasionado” por la “*recherche du temps perdu*”—. Por otro lado, es evidente que la narración es la de un lector proustiano —un lector de Proust, tan seducido por el inventor de la memoria involuntaria— que busca voluntariamente el tiempo perdido. Lodovico está en la búsqueda del reencuentro con su niñez, con todo lo retenido por él durante años, para tratar de hacerlo aparecer de repente por azar. En otras palabras, para escapar del fluir del tiempo y encontrar la correspondencia que sirva de puente para cruzar el abismo que zanja la experiencia de la temporalidad. En palabras de Lodovico, su búsqueda es la de “aquel punto arquimédico en que se establezca una suerte de equilibrio perfecto, similar al intervalo entre dos tiempos, al brevísimo instante de libertad suprema, preñada de insospechadas posibilidades”.

El resultado es todo lo contrario: tanto el diario como la novela —los dos se traslapan— califican la búsqueda de la infancia agriamente: es una búsqueda de “patética fealdad y poesía sospechosa”. La lectura cruzada entre Proust y Volkening es significativa en la medida en que se puede ver lo que apropia Volkening de Proust —la noción de la búsqueda del tiempo perdido, encaminarse a ella, y la angustia generada por la corrosión del tiempo—. Pero, sobre todo, lo que lo diferencia, todo lo que está en la obra de Proust y brilla por su ausencia en la de Volkening: primero, el contrapunteo de la voz doble del narrador adulto y el niño; segundo, la reconstrucción de cincuenta años de vida tanto del narrador como de su familia, amigos y relaciones sociales. Menciono solo dos diferencias —de una lista que podría seguir— porque a gran escala marcan



Carné de estudiante de Ernesto Volkening, Universidad de Frankfurt (1928). Imagen del archivo de la Universidad de Frankfurt. Publicada en Seidl Gómez, Kathrin. *The Creativity of Displacement: Ernesto Volkening, an Essayist and Cultural Translator in Colombia, 1934-1983*.

la desemejanza significativa entre las dos obras. La primera, que está condicionada por la segunda, porque con muchas dificultades el lector es capaz de comprender el dolor del desgarramiento temporal que vive el héroe de la novela —pues no es tangible intersubjetivamente—. Y la segunda diferencia, porque contrasta fuertemente con los pocos y en su inmensa mayoría incidentales personajes de la novela de Volkening —como excepción en la novela sólo está “V.”², el amigo que contradice y charla reiteradamente con Lodovico a lo largo de la misma, y la ya citada figura paterna—.

En el caso preciso de *Los caminos de Lodovico*, propongo leerla como *uno* de los caminos perdidos de un habitante del reino intermedio. Pues para nosotros —lectores del siglo XXI, de la modernidad líquida, de la globalización, de una Bogotá que todavía es, en las agudas palabras de Lodovico, un “refugio de apátridas en su propia patria”— el presente parece cada vez más *un reino intermedio*. Así como quien en una lectura de Proust no llega a que el artista encuentra redención —como todo el que no sobrelleva los siete tomos—, y aun así, en sus lecturas, igual que Volkening, se encuentra otra teoría del tiempo como la de Unamuno, que en una nota de su diario, ya

Las búsquedas de Volkening —la del padre, la de Amberes y la infancia—, cruzadas con el estado del reino intermedio, nos dan una particular perspectiva sobre su condición y las dos caras de Jano.

después de la publicación de su novela, logra conjugar de nuevo el pasado, el presente y el futuro: “Toda supuesta restauración del pasado es hacer porvenir y si el pasado es un ensueño, algo mal conocido... mejor que mejor. Como siempre, se marcha al porvenir; el que anda, a él va, aunque marche de espaldas”. O como quien asume las ironías dramáticas —poéticas y mundanas— de Volkening/Lodovico en clave gómezdaviliana: la ironía como transustancialización benévola de la agria impotencia que, reapropiada con inteligencia, al reconocer sus límites, transforma una imposibilidad en característica positiva.

Las búsquedas de Volkening —la del padre, la de Amberes y la infancia—, cruzadas con el estado del reino intermedio, nos dan una particular perspectiva sobre su condición y las dos caras de Jano. Por un lado, sus peligros, límites y finales, captados en su particular apropiación de la búsqueda proustiana: quien, al fijar su mirada y su cuerpo hacia el pasado, contra el fluir del tiempo, obstruye como un dique la corriente de su flujo encausado hacia el presente y el futuro; un flujo que termina por arrasarlo. Una meditación que en lugar de reapropiar las corrientes pasadas para navegar hacia el futuro, se deja arroyar por la mismas. Pero que, por el otro, en su virtud de ser anfibio, de aproximarse a otros temas, fue capaz de navegar sobre, sumergirse en, explorar y traspasar la barrera de un mar entre dos continentes, para luego salir a flote y pararse en tierra firme sobre un vasto archipiélago. Un vasto archipiélago de diversos autores y tradiciones que pocos eran capaces de

reconocer como conjunto, pues pocos como él sabían que, bajo su aparente desconexión, una misma placa tectónica los unía. Su cara de los comienzos muestra la capacidad de atravesar el mar entre islas, para encontrarse con la promesa de un nuevo mundo, una nueva vida e insospechadas posibilidades al otro lado de su continente originario. **U**

Juan Camilo Brigard (Colombia)

Estudió Literatura y Filosofía en la Universidad de los Andes. Co-escribió el guion de la película *Las malas lenguas*. Fue profesor de inglés y literatura en un colegio en Bogotá. Actualmente cursa una Maestría en Literatura Comparada en Alemania.

Notas

¹ Otro motivo que llevó a Volkening a buscar a su padre en Colombia fue que —como lo señaló en su CV— “a fines de 1933 [estaba] ya con un pie en el umbral del campo de concentración y otro allende en la frontera”. La posibilidad de ser perseguido por el gobierno Nazi se le atribuye a la publicación de su tesis doctoral sobre el asilo diplomático. La académica Seidl-Gómez desmitifica factualmente la cronología que Volkening relata en su diario y a la que nosotros nos ceñimos en este ensayo por cuestión de su objeto: los quiebres temporales.

² Seidl-Gómez erróneamente hace un paralelo entre V. y Gertrudis Volkening (la esposa de Ernesto) en los diarios, en los que ella es referenciada como “F.” y no con “V.” como la académica afirma. Sería tal vez más verosímil sugerir que V. es el mismo Volkening, lo que corresponde con el género con que se habla del personaje en la novela.